



NEPTUNO

GUIÓN
VALCÁRCEL
DIBUJOS
BEDOYA

Decidí, entonces, cambiar algunas rutinas. Por ejemplo: retrasé la ducha de la mañana, adelanté la hora de despertar y me alejé de algunos de mis vicios ligeros. No era fetichismo, en realidad mi idea giraba en torno a que si modificas tus rutinas, inevitablemente, modificas tus ciclos biológicos, lo que, con suerte, produciría una nueva forma de entender algunas cosas y, por lo tanto, una nueva inspiración para afrontar la tarea creativa. Con el tiempo me percaté de que esos cambios habían sido, ciertamente, muy ligeros, insuficientes. Nada biológicamente podía verse muy afectado si apenas modificaba horarios de duchas o retrasaba horarios de comidas, si los cambios en los ritmos vitales eran tan ligeros. Decidí, entonces, ser algo más rotundo. Modifiqué la alimentación: eliminé la carne de ternera y de cerdo, seguí comiendo pollo, aumenté el consumo de alcohol y me apunté a un gimnasio. Creativamente seguía sin sufrir ningún tipo de avance. Todo mi proyecto literario seguía estancado. Las ideas fugaces de novelas me parecían detestables. Los intentos de cuentos caían en viejos vicios y no aportaban nada. Noté una profunda falta de libertad en mi forma de crear, además, de una notable inconsistencia. El método basado en los cambios de rutinas no estaba produciendo ningún resultado. Fui más allá en mi propósito, cambié aspectos importantes de mi vida, los pilares donde se sostenía. Entonces me mudé, dejé el trabajo fijo y empecé a experimentar con mi cuerpo. A veces no comía, otros días comía compulsivamente. Aumenté el consumo de alcohol, de la cerveza esporádica pasé al ron constante. Decidí romper con horarios y constantes. Busqué en la indisciplina de mi vida un cambio profundo, real, apreciable. Mi nuevo apartamento era un local que quedaba libre en una nave en una zona industrial periférica, al norte de la ciudad. Una de esas zonas de las ciudades donde ya casi terminan, pero aún reverberan los ecos de la ciudad.



Zonas periféricas, donde se van desdibujando los límites, alejadas del centro urbano. Desangeladas de día, irreales de noche. Fuera del epicentro de acción urbana. Esas zonas donde se mezclan mal y conviven de un modo extraño, en capas distintas, los restos de la ciudad y sus mazacotes y las primeras apariciones del campo. terrenos sin construir, donde incluso, a veces, habitan animales y edificios industriales de arquitectura indescifrable. El apartamento tenía una sola ventana que daba a una zona de la autopista donde confluían y se bifurcaban avenidas y desviaciones. La idea de construir un argumento a partir de aquella imagen me pareció que escondía algo interesante.

En mi modificación radical de hábitos comencé a consumir drogas populares y probé algunas más inaccesibles, menos famosas. Probé la ayahuasca una noche de la que recuerdo pocas cosas, salvo imágenes aterradoras y líneas milenarias expandiéndose por campos secos. También el recuerdo difuso de un desdoblamiento en el que me veo viéndome y dialogando de forma desconfiada conmigo mismo. Después de la ayahuasca intenté escribir poemas, poemas pretenciosos y nauseabundamente hippies: frases *JimMorrisianas* y de post adolescente idiotizado, enfrentado a un mundo del que es el mayor participante. También probé con cuentos cortos, influenciados por todas aquellas imágenes.

Neptuno

A mi me gusta Neptuno. Me gusta por su nombre, por su ubicación, por ser gaseoso y tremendo. Abí, entre Urano y Plutón, como si estuviera mediando. No sé porqué, pero Neptuno tiene personalidad. Lo fácil sería fascinarte con Marte o Jupiter, que es tan bestia, pero Neptuno tiene esa cosa periférica, la fascinación de lo que está lejos, más alejado del centro. Y luego sus vientos, sus tornados salvajes, inconcebibles. Me imagino vivir una tormenta en Neptuno. Me lo imagino sin poder imaginarlo. Proyecto que habito como buenamente puedo en medio de esa violencia absoluta. Arrastrado por el mayor de los vientos. También imagino su frío, esas temperaturas inconcebibles. Sus horas, sus ciclos. Es tan radicalmente distinto que es atractivo de imaginar, de proyectarse. A veces cierro los ojos y me veo allí, en Neptuno. Imagino las trece lunas, que las voy contando, que las comparo de tamaño y de intensidad de luz. Puntos luminosos tremendos y novedosos a mis ojos. Y allí Tritón. Las texturas de Tritón, su inmensidad inabordable. Y mientras observo Tritón arrancan las lluvias, esas enloquecidas lluvias de diamantes sobre Neptuno.

Esa lluvia bestial y bella.

No es que no me guste o no me atraiga el resto del sistema solar. Por supuesto que me atrae y por supuesto que se producen interrogantes y fantasías visuales con el resto de nuestro sistema. Incluso fantaseo con ver la tierra desde otra perspectiva no tan humana, pero Neptuno, ya sólo su nombre, me parece esconder una forma emocionante de misterio o de sensualidad. Neptuno reverbera, como si algo de mí estuviera ligado de un modo astral con semejante piedra. A veces sueño que camino por un trozo reducido de Neptuno, hay gases, como en esas discotecas que sale humo del suelo, hay elementos disparatados, y un olor que asfixia. Apenas respiro, voy cubierto con un traje gigante, que suena o que yo sé que suena, pero no suena porque la gravedad en Neptuno aniquila y transforma el sonido. Hay una forma de silencio que parece un ruido. En realidad en mi sueño lo más desorbitado e incomprensible es la percepción del sonido. No es y es a la vez. Suena y no suena. Cae y sube. Es una música que produce un efecto casi en el tacto. Y luego la percepción es invadida por el olor de Neptuno, ese olor tremendo y asfixiante en mi sueño, que no sé si viene del exterior o de los plásticos industriales y la química inevitable de mi traje. A veces creo que mis sueños son reales, que sí camino por esa parcela pequeña de Neptuno, que en realidad esa caminata neptuniana sí está sucediendo, que estoy de verdad allí y cuando despierto pienso que en realidad he sido empujado aquí, de repente, desde un año remoto de Neptuno a un presente extraño aquí, en la Tierra, porque los años de Neptuno, claro está, no coinciden con los años terrestres y en esa atemporalidad aún estoy allí, en Neptuno. Año 2016 en la Tierra, año 23 en Neptuno. En cierta forma vivo viviendo a su vez en Neptuno. Vivo aquí viviendo allí, donde soy yo, el mismo, pero otro: mi yo neptuniano, por llamarlo de algún modo. Quizá soy gas o parte de un tornado brutal atravesando estepas hostiles de Neptuno. Quizá soy eso allí: algo inconcebible, extraño. Luego salgo aquí a la calle y conduzco el taxi y lo olvido todo, olvido Neptuno, o no siempre lo olvido, porque Neptuno siempre está en mí, también cuando voy en el Taxi, y aunque no esté de ese modo tan apabullante como cuando tengo las ensoñaciones, también estoy en Neptuno cuando trabajo, mientras conduzco. Se montan clientes, los traslado por la ciudad, direcciones inconexas, rutas entre calles; y pienso que quizá eso es una imagen superpuesta de esto en aquello. La imagen de este presente en la tierra superpuesta sobre un presente lejano e inaccesible allí, en Neptuno. Que quizá mi taxi es un gas o un aire velocísimo y feroz de Neptuno. Y entonces llegamos al destino y el cliente se baja y paga y todo, a veces, me parece absurdo.



Conocí, entonces, a Edmundo Sócrates, traficante de drogas de perfil bajo: cocaína y heroína. Un tipo inquieto, que toca percusión en un grupo de mambo psicodélico. A veces le acompañaba a ensayos en un local cercano a mi apartamento, en la misma zona industrial. Los ensayos eran a oscuras, la música profunda y frenética. Probé, allí, en ese maremágnum atronador, la heroína fumada. Si hay mucha gente que vende su cuerpo a la heroína es porque el viaje de heroína es irrepetible o eso me pareció. No obstante me cuidé mucho de no caer en vicios. Edmundo no consumía, sólo vendía. Hablaba con desprecio de los drogadictos, también de las mafias y del mundo de la droga, y se maldecía por dedicarse a eso, pero el mayor problema de los traficantes es que "empiezas joven y te jode el resto de tu vida. De cualquier trabajo te vas. Pones tu renuncia en una mesa y te largas. De éste nadie se va. Es una cárcel". A Edmundo le confesé mis intenciones. Le hablé entonces de mi proceso creativo, de mi idea de potenciar la creatividad modificando radicalmente el estilo habitual de mi vida: los ritmos, las costumbres, las formas. A Edmundo todo aquello le pareció una profunda imbecilidad: "Sólo hay una manera de potenciar el proceso creativo: en activo, con la acción. El arte se hace corriendo hacía adelante. En el enfado, en el testarudez, en el hastío, en el agotamiento, en la desidia y en la felicidad fugaz. Esa experimentación física, esa idea de que las drogas o la sordidez invocan a la creación es el marketing de los traficantes. Es la mejor campaña publicitaria de la historia. El underground también es un mercado. Pon a unos cuantos yonkies, el frenesí de la mala vida, unas cuantas imágenes distorsionadas y tendrás a millones de atolondrados creyéndose artistas. El arte es otra cosa. El arte no puede ser esa idea tan vacía de pseudorockeros y de niños insatisfechos. El arte es un viaje absoluto, pero un viaje de verdad, con todas sus consecuencias: también la indiferencia y el saberse mortal y mediocre. El arte no es esa arrogancia de pelearse por ser especial, único.



SALIDA

El arte no es autobiografías de individuos jugando a la autenticidad.
El arte es la sangre y la piel.
Las lágrimas cayéndose en mitad de algo incomprensible.
La fuga por temer la locura. La locura de verdad.
La locura que hace daño. No ese juego infantil y estúpido.
No. Eso no es el arte".

Androm